

de a un llamamiento que viene de sectores más hondos de la conciencia venezolana, no para responder o contender en manifestaciones de la etapa presente, sino para levantar la dignidad de los principios, en la auténtica hora de la jornada y de la tragedia nacionales, para que algún día la patria pueda, efectivamente, dejar de ser el botín de los vividores y de los logreros, de los que en nombre, precisamente, de los principios, hacen feria del deber y del honor y abandonan el puesto que les está señalado hasta la totalidad del sacrificio y, por la fuerza, quieren, una vez más, cumplir el atropello de la verdad y de la justicia.

El personaje con que ahora quiere Mario Briceño Iragorry que se familiarice el pueblo de Venezuela, porque estos son libros escritos con el alma puesta en la formación del pueblo venezolano, entra de lleno por el camino de la justicia, que, salvo contadas excepciones, viene en ser el camino único de la heroicidad. Cuando no hay un propósito de justicia, aun la clarinada de los triunfos bélicos no suele ser otra cosa que el anuncio de la hora de las venganzas, de los odios y del botín y, muchas veces, en nombre de las aspiraciones más altas, que se están asesinando o siendo ultrajadas por el mismo pueblo al que se lleva por la ruta adversa. De la primera a la última página de *El Regente Heredia* alumbra el epígrafe de Romain Rolland, con la luz inmarcitable de la verdad: "No llamo héroes a los que triunfaron por el pensamiento o por la fuerza; llamo héroes sólo a aquellos que fueron grandes por el corazón. Como ha dicho entre ellos uno de los más altos: "no reconozco otro signo de excelcitud que la bondad". Cuando no hay grandeza de carácter no hay grandes hombres, ni siquiera grandes artistas, ni grandes hombres de acción; apenas habrá ídolos exaltados por la multitud vil; pero los años destruyen ídolos y multitud". Estas palabras encontrarán eco largo en las conciencias honestas, en tanto existen vencedores que, en alguna forma, pretendan respaldar cualquier forma de la injusticia, en nombre de principios que se están asesinando.

En nuestra historia, tan abundante en el tono subido de la epopeya y de la gloria militar, hacía falta un libro como *El Regente Heredia*. Su pensamiento y su espíritu los hemos

" RADIUS "

Calle del Variedades - TELEFONO 4692

Espejos de todas las clases

Cuadros - Marcos - Objetos tallados

Souvenirs - Oleos y Acuarelas

Vidrios para sobre de muebles

y para Automóviles

SERIEDAD - RAPIDEZ - EFICIENCIA

encontrado más de una vez en páginas de nuestros grandes historiadores; pero había que sistematizarlos y había que presentarlos hermosamente expresados y en forma que gane el interés para que pudieran llegar hasta el corazón de nuestro pueblo. Se puede decir que este libro viene, entre otras cosas, a llenar un vacío que se dejaba sentir dolorosamente en el alma popular venezolana. Este varón, que es el héroe de la justicia, enfrentado categóricamente contra el desmán y el atropello vencedores, que le cierra el paso, en nombre de la dignidad humana y del derecho a las lanzas implacables, este héroe, constantemente amenazado y perseguido porque no pone su toga y su autoridad al servicio del odio y de la saña triunfantes, tiene todavía muchas peleas, muchas batallas que ganar en las tierras de nuestros campos y en las plazas de nuestras ciudades, como, seguramente, que ya las tendrá ganadas en el corazón de las gentes del pueblo, de esos hombres humildes que son los primeros damnificados y que el destino trágico ha querido que, en la mayoría de las veces, hayan sido los instrumentos dóciles de sus más tremendas desgracias.

Pedro SOTILLO.

y los tontos de su tontería. Eso hacía que siempre hubiese luchas en la isla. Y por eso sus habitantes le encontraban placer a la vida.

7

EL VIENTO Y EL CIPRES

El viento le decía un día al ciprés:
—Me das lástima, hermano. Te esfuerzas para subir, para llegar hasta las nubes: hasta creo haber oído en mis correrías por debajo de las puertas, que los hombres te llaman altivo y majestuoso. Pero a mí, que te veo desde arriba, me das pena. Por muy profundo que arraigues, viene un huracán y te descuaja, una ventolera y te dobla... Los hombres te ponen en fila, como una muralla, para detenerme, pero no han de lograrlo nunca: pasaré por entre tus ramas y mi voz se volverá música y me llevaré al volver a remontarme hacia el sol, el recuerdo del cantar de los pájaros y del aroma de las flores. Dicen que eres el símbolo del orgullo; yo no sé si el ser orgulloso es provechoso o no lo es, pero a mí me parece más bien la imagen de la fanfarronería...

Y el ciprés le respondía al viento, en su lenguaje verde de hojas temblorosas:

—Podrás doblarme, pero siempre volveré a levantar cabeza cuando hayas pasado. Yo toco de pies en el suelo, en la tierra y saco de la tierra toda mi fuerza y aun la fuerza que me das. Tú, en cambio, pasas, te vas y te pierdes... Aunque me arranques todas las ramas, no lograrás abatir mi tronco. Y pensando hacerme daño me harás el gran bien de esparcir mi semilla; gracias a ti, pronto habrá un bosque entero de cipreses, contra el cual nada podrás, que te convertirá en una mansa brisa y que se divertirá con tus silbidos y tus remolinos.

Pero el viento ya estaba lejos.

8

LOS ESTADISTAS DE LA PIARA

Fuese, un día, que los componentes de una piara, oyeron que su gañán le decía a otro, hablando de un usmero del pueblo: a cada puerco le llega su San Martín.

Aunque no iba por ellos, los puercos se alarmaron y la alarma les hizo cavilar. Todo eran grupos en los que se reñía con pasión y sin viso. Las bellotas se iban amontonando, porque decidieron, al principio, no comer pa-

FÁBULAS INOPORTUNAS

Por Víctor ALBA.

(En el Rep. Amer. Envío del autor, en México, D. F. Febrero de 1948.—Concluyen; véase la entrega anterior).

6

LA MEJOR TIERRA

Era un hombre que se quería hacer una isla para vivir en ella. Fué a ver a un especialista en hacer tierras —una especie de alfarero de continentes y le dió el encargo.

—¿Cómo la quieres?

—Quiero una isla que dé gusto vivir en ella, que haga que sus habitantes le encuentren placer a la vida, tanto en medio de los dolores como en medio de las penas.

—Podemos hacerla de tierra verde, que da la esperanza.

—No, que esperar es no tener nunca nada.

—Pues de tierra ocre, que da saber.

—No, que con el saber se encuentra gusto al placer, pero no de la pena.

—De la tierra azul, que da amor.

—No; que el amor va y viene.

—Entonces de tierra amarilla, que da la resignación.

—No; que los resignados siempre pierden.

—Pues de tierra jacinto, que da la valentía.

—No, que los valientes acaban encontrando un cobarde que los hace parar.

—Quizás de tierra gris, que da la fuerza.

—No, que la fuerza se acaba.

—O de tierra dorada, que da la riqueza.

—No, que se pierde.

—De tierra blanca, entonces, que da la virtud.

—No, que es una leyenda inútil.

—¡Ya sé! La haremos de tierra roja que da el orgullo.

Le pareció bien, y la tierra fué hecha con tierra roja que da el orgullo, y en ella los ricos estaban orgullosos de ser ricos y los pobres de ser pobres, y los sabios de ser sabios,